Horacio Quiroga



Los Arrecifes De Coral

textos.info
biblioteca digital abierta

Los Arrecifes De Coral

Horacio Quiroga

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 8917

Título: Los Arrecifes De Coral
Autor: Horacio Quiroga
Etiquetas: Poesia, Cuentos

Editor: Brian
Fecha de creación: 19 de junio de 2026
Fecha de modificación: 18 de septiembre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Mis Negras Culebras

Mis negras culebras dormían sobre la alfombra: y la
intranquilidad que de pronto se apoderó de ellas llegó
a mis trémulas historietas, donde el llanto por
emociones pasadas consiguiera nuevos triunfos.
La agitación de las finas bestias cobró fama de un desvelo;
la seda de sus pieles aquietó pausadamente el
nervioso moaré y, ya de rodillas ante ellas —en el silencio
de la gran sala— sus ojos de vidrio traslucieron
el paisaje de su inquietud, bajo la tienda de un jefe de
rebeldes: —los espejismos crepusculares danzaban en
el horizonte extrañas geometría. Y una luna enorme
surgía, tambaleándose. Y sobre el insomnio de las negras
culebras no supieron conservan tu manto, el
silencio pudo ser llenado con el chocar de tu cadenilla,
¡Salambó, Salambó!

Al Autor De La Dame Seule

Y como el buen cura me abandonara, permanecí
solo, con las manos sobre el respaldo de la cama, en el
cuartito donde había vivido los últimos meses.
—¿Sabes? quisiera ser una heroína de Mendès;
pero estoy muy enferma, muy enferma, mi pobre Lu-
ciano!
Muerta. Bien muerta estaba mi pobre Sadie! Era
tan alegre, que su retiro al campo nos causó gran pena.
—¿Que usted ríe mucho? Sadie reía más aún. —¿Que
usted esconde las manos para que no se las besen?
Sadie calzaba guantes, y los quitaba tan a menudo!
—¿Que usted ha desdeñado a cuatro caballeros, muer-
tos de amor por usted? Sadie no tenía memoria, y en-
fermó del pecho deshojando azahares bajo el cielo pá-
lido de Niza.
¡Pobre señorita delgada! ¡que vacío dejó usted
entre nosotros!
Ya de noche le habían sido dados los últimos con-

suelos. Leía la última carta:

"La señorita se muere. Iba mejor, y desde ano-

che está en agonía. —El médico no sabe a qué atri-

buir esa brusca resolución de la enfermedad. Teme
que algún exceso de la señorita haya apresurado el fin

fin. De cualquier modo, la esperan. Venga en se-

guida."

A la luz del recuerdo final, un persistente olor de

belladona, flotaba dentro de la pieza, impregnaba mi

cartera, hablaba de sus manos, fijaba en los objetos

una caricia insensible de la niña nunca más :- sus guan-

tes de usted, señorita, bien tibios; piedras raras, re-

cogidas en las tardes suficientes que no hacían daño a

su enfermedad; pañuelos leves, rosados aún de la bo-

ca dolorida y para siempre pequeña; juguetes de Pa-

rís, pintados con los últimos colores; retratos de ac-

trices parisienses, paisajitos de oleografía, cuentos de

Mendès —el autor preferido de usted, señorita,— lle-

nos de su perfume—de qué modo complaciente para

aquellos excesos que el médico no pudo descifrar, sus

amores de usted, tan querida y extraviada, la langue

entêtée et tremblante du chien tout petit...

Canción

Surgen en línea de negras vendas,
con el Asombro sobre las frentes,
las insensatas, mudas Ideas,
como un galope de muertos héroes.
Infla la hipérbole de los deltoides
la curva austera de una Amenaza,
sonando en lacre gritos ó ahullidos
sobre el decúbito de las razas.
La desmedida Comedia Blanca
pi ta, entre risas, frío albayalde
sobre las lívidas caras enfermas,
En una brusca visión de baile.
Mancha de púrpura presagia el cielo
sobre el oriente de los naufragios,
y en El Espanto, las avanzadas
miran la aurora de un dia tragico.
Acurrucada sobre los hielos
suelta la Angustia lívida risa,

mientras los muertos huyen del Polo
con la leyenda de sus pupilas.
Esta es la estrofa de ritmo extraño
que entona el pálido cantor del Hambre,
cuando cien garzas cruzan el frío,
sus blancas alas tintas en sangre.

¿Quién Podía?

¿Quién podía detenernos en aquella marcha
nocturna, en que yo era desbocado corcel; tú, amazona
de imperios, y tus talones me fustigaban tanto
que la sangre acudía a agolparse a mis ijares?
Y la impetuosidad de la carrera nos arrastraba
sin sentido al abismo que se abría ante nosotros.
Ya estábamos cerca y no nos deteníamos. Corríamos
furiosamente. Pero, al llegar al borde, todos tus músculos
se crisparon. Cerraste los ojos y yo salté.
Cuando llegamos al fondo, tus talones se habían
separado, estabas desvanecida y el látigo
con que me azuzabas te había cruzado
los ojos en dos lívidas curvas.

Tenía Palidez

Tenía la palidez elegante y mórbida de las señoras desmayadas. Parecía una rosa enferma que una mano insensata hubiera abandonado sobre las teclas del piano. Era blanca y lejanamente rubia. Adorable en sí misma, pasó envuelta en la ola de miradas inquietas de los caballeros de frac.

Tenía la palidez de las caricias que, ya muy tarde, son apenas posibles...

Había una vez la hija de un rey y una reina, que se moría de pena...

Vestía un traje lila, a grandes vuelos. que la abrazaba en una intensa caricia de seda, como una silenciosa caricia de mano. Era santa. Recordaba esas exquisitas que enferman por una vaguedad, por una nada.

Tenía la palidez suspensa de lo que se anhela y va a pasar…

Sentada al piano, su mirada fué tras los cortinados de Amberes, más allá de los jarrones japonistas que

se reían silenciosamente y de soslayo. Fue más allá de todo esto, más allá todavía de la sombra que daban un bouquet y un par de guantes... Sollozó.

Tenía la palidez de lo que no ha sido, y vive, como le es dado vivir, en el nimbo de las cabecitas convalecientes y pensativas…

Había en el aire una fría canción —en los cristales; una persistente fijeza de ojos— en las camelias; un prolongado ay! de dulzura —en los violines. Un ruego.

—¡Sea buena! —murmuraban.

Ella inclinó la cabeza: —Mi amor!...

Tenía la palidez de lo que hubo de ser, y espera, en unos ojos transparentes, la hora de ser soñado...

Tu Garganta

El verano perdió su fuego externo;

y a la luz de la tarde postrimera

sonreía a tu enagua en la ribera

la displicente gracia del invierno.

Iba a velar contigo la primera

noche violeta de un país moderno,

el mar sonaba bajo el viento eterno,

la amplitud de su sorda carraspera.

Y como el mar en sus pueriles glosas

prolongara el mutismo de las cosas,

llenó el silencio, coma voz que encanta,

en el suave crepúsculo salino,

bajo tu copa de color marino,

el sonoro giu-giu de tu garganta.

Estabas Muerta…

Estabas muerta entre mis brazos, dormida como una muerta que se hubiera dormido entre mis brazos. Y tus rodillas estaban insensibles, ¡tus rodillas de que ya había desprendido las ligas! En mi pecho había una flor, una flor tan abierta que daba lástima. Y tus manos, tus blancas manos para el placer, clavadas en el cajón! Sólo tus ojos vivian, y tus ojos eran dos co-pas verdes en que bebías mi locura!

A La Solterona

Las luces del quinqué entristecen la estancia
con el cruel recuerdo de una tarde de ayer.
Sobre la tela antigua, un dibujo al pastel
solloza línea á línea su antigua fragancia.
Ella, la dulce anciana, con su gracia de antaño
toca en el clavicordio un scherzo sin fin,
y llena la tristeza de su empolvado abril
de una melancolía que apenas hace daño.
Él, en tanto, sentado junto á su buena amiga
lleva á su boca lánguida una taza de té,
y posa suavemente sobre el tibio corsé
una caricia vieja de los mejores días.
Sin mirarse, pasean. Oh! los viejos señores,
cómo su voz es trémula recordando el jardín:
ella lloraba siempre... él estaba en París,
y es un discreto pío de viejos ruiseñores:
ella llorando siempre... él lejos... en París...

El Oso

Quebramos nuestro amor sin haber tenido un motivo verdaderamente serio; yo creo que estábamos cansados. Dejamos de vernos. Pero tu recuerdo se me hizo de tal modo insoportable, que comencé a beber sin medida, en compañía de un oso a que había acostumbrado al alcohol. De este modo pasábamos los días en completa borrachera, tendidos en un rincón como dos inseparables. Entre sus patas velludas, alma mía, he vivido las horas más felices. Formábamos un grupo tan cariñoso, tan adorable, que muchas veces, cuando ya no podíamos más de alcohol y caíamos borrachos contra una pared, estrechándome la bestia tuertemente, sentí que —olvidado todo— no me tuvieras entre tus brazos!

Tal Vez Ensueño... Tal Vez Ventura

Y sin embargo, a pesar de que no te conocia comprendí, al verte, que me habías sido robada, que debías haber sido para mi.

¿Por qué hay actitudes, afirmaciones, apenas sonrisas, que, como el sí de aquella noche, nos rebelan porque no son para nosotros? Sin motivos, tal vez sin que en ningún sueño las hayamos deseado, al realizarse nos hacen mal, nos insultan casi.

Eso sentí aquella noche. ¿Por qué me engañaste, alma mía?

Aún creo verte entre gasas, sobrellevando con cariño tu delicado sueño de gloria. Y al inclinarte sobre la mesa para coger la pluma, sonreíste con dulzura, mirándole, sin acordarte de lo mucho que yo estaba sufriendo porque debias haber sido mía.

Había Llovido…

Había llovido toda la mañana; y aunque ya el cielo estuviera despejado, permanecí hasta el anochecer rondando el cementerio.

Hacía muchos gestos, mis pasos me llevaban siempre a deslizarme contra las tapias, a lentas zancadas, en un exceso de atención que estaba muy lejos de ver verdadera.

Torpes gotas de sudor caían de mis dedos; y apareciendo bruscamente en un recodo, alcancé a distinguir un entierro que se acercaba con premura. Suspiré con satisfacción, como si yo, en realidad, hubiera estado esperando aquello. El acompañamiento era grandísimo. Y cuando el ataúd fué bajado a ocho brazos, noté en los ojos de todos algo que no era natural: ¿ironía? no, más bien apresuramiento. No me pude contener. Salí de mi rincón y observé a uno de frente, en seguida a otro, después a otro. Estoy seguro de que en diez minutos me paré delante de todos.

Y aquella sonrisa de extravío que era su característica, quedaba para mi en el misterio, tanto casi como su apresuramiento.

Llevaron el cajón y yo le seguía dando saltos terribles que me costaban inauditos esfuerzos. Colocáronle sobre el tablado, y el sepulturero comenzó a asegurar los tornillos. Sentí de pronto, detrás mío, una risa tan momentánea que estiré la cabeza con terror: tal vez hubiera distinguido a la persona, si una inesperada pérdida de memoria no me hubiera distraído.

Cogieron de nuevo el cajón para encerrarlo en el sepulcro. Ya no caminaban, corrían casi.

Entonces, el sepulturero, llamándome aparte, comenzó a hablarme en voz baja. No sé por qué, pero tuve la seguridad de que me iba a decir que dentro del cajón no había nadie.

La Copa Y La Palabra

Y la ocasión fué tan exacta que a ambos vino la palabra, en el mismo instante. A lo lejos cayó una copa, como una palabra.

Y estuvo de más pronunciarla.

El Martes, 24 De Noviembre

El Martes, 24 de Noviembre,

bailamos la romántica gavota.

Las señoras brindaban sobre el hombro

sonrisas, fin el raso de las colas

temblaban los reflejos del vestido;

las sedas repetían sus estrofas

en la cadencia de tan muda orquesta;

tus ojos se perdían en la forma

de los verdes jarrones japonistas

y en la nieve de sangre de tu boca

se abrasaba el país de un abanico.

Desmayaba la niebla de tus blondas

en la infinita languidez del paso.

Tras la arcada gemente de las violas

oímos de una voz el dulce acento

la noche de Noviembre, venturosa,

Inspiraba al pierrot dulces romanzas,

acariciando con su frente angosta

la satinada piel de su guante crema.

Italiana

Por tres veces, detrás de la alquería,
era grata á mis manos tu pereza;
el sol se hundió, dorado de tristeza,
en un rayo glacial de hipocondría.
La campana sonó el Ave María,
llenóse de balidos la dehesa,
y los bueyes volvieron la cabeza
lentamente, a aquel cielo de agonía.
La tarde descendió, con luces raras,
á tu triple collar de perlas claras.
Bajo los rumorosos naranjales
miramos sin pensar el dios de yeso,
y en el leño sonámbulo de un beso
grabamos nuestras mutuas iniciales.

¿Te Acuerdas? Me Preguntaste

—¿ Te acuerdas? —me preguntaste estrechándo—
me fuertemente las manos. Y yo te contesté: —¿Te
acuerdas? —¿ Te acuerdas? —insististe con las ma-
nos ya heladas. Y yo te respondí fatalmente: —¿ Te
acuerdas?

Tenías los ojos tan abiertos, que mis ojos se abrie-
ron, mirándote, sin poder hablar, con la pregunta im-
posible, tan juntos que la pregunta había pasado a
nuestras carnes, donde la pregunta forzada seguía hin-
chándonos, juntos, cada vez más juntos, con la pre-
gunta que estaba ahora en los dientes, cárdenos y tan
apretados que la pregunta se retorcía por poder ha-
cerse, como una garganta que llena las mandíbulas, ba-
jo la luz verde de la lámpara inmóvil.

Y cuando vueltos en nosotros, nos vimos en la
sala de baile galantemente reclinados, tú en el piano,
yo a tu lado, me sonreíste con cariño —mirando a tu
alrededor— pensando en la pregunta que forzosamen-

te tenía que hacerte.

El Juglar Triste

La campana toca a muerto
en las largas avenidas
y las largas avenidas
despiertan cosas de muertos.
De los manzanos del huerto
penden nucas de suicidas,
y hay sangre de las heridas
de un perro que huye del huerto.
En el pabellón desierto
están las violas dormidas;
¡las violas están dormidas
en el pabellón desierto!
Y las violas doloridas
en el pabellón desierto,
donde canta el desacierto
sus victorias más cumplidas,
abren mis viejas heridas,
como campanas de muerto,

las viejas violas dormidas

en el pabellón desierto.

¡Oh Mi Amada…!

¡Oh mi amada, muerta para siempre!

Estaba tendida en la cama, entre sus padres que redoblaron el llanto cuando me vieron entrar. Conservaba toda su hermosura, tan resignada en el agotamiento de su palidez, que besé arrodillado sus ojos inocentes, y abracé, lleno de compasión, su dolorida cabecita de muerta enamorada.

Pasé toda la noche consolando a los pobres padres. Y cuando al día siguiente besé por última vez su ilusionada boca, sentí un desahogo inmenso al abandonar aquella casa.

¡Pobre amada mía! Te amé viva, y muerta, nada sentía por ti.

Yo Corría Detrás De Tí…

Yo corría detrás de ti; tú corrías delante mío, levantada la cabeza, los ojos cerrados, presintiendo no sé qué cercano atontamiento; y sobre el puente que ecoaba nuestra carrera, la luna a fin de mes se vestía de amarillo, en una obstinación perdonablemente aciaga de maniática disculpable.

Te cogí. Tu falda se alzaba en el viento, como un peinador de equívoca necesidad; tus manos apremiantes acudían a bajarla; y en el silencio de la noche, tu carcajada de cristal bajaba hasta el río.

Simulamos tu sacrificio. Reclinada sobre el parapeto, la esquiva boca debatiéndose entre risas, mi brazo levantó el fingido puñal, buscando en tu garganta la claridad precisa. Y de pronto la luna se hizo oscura, y un disco de sangre que observábamos con estupor fué invadiéndola lentamente. El eclipse crecía, y quisiste incorporarte. Yo te detuve, no sé por qué extraña perversión. Entonces, desplegando tu aba-

nico, presa de involuntario miedo, le interpusiste en el aire. Y quedamos mirando abstractamente el rojo disco —que transparentaba la seda concreta del país,— cuyo reflejo iba a esfumar en tu cuello una media luna sangrienta.

El Buque

El buque que navega sin velas ni casco
es un buque de símbolo que no lleva timón.
Es como una ilusión
que fuera al mismo tiempo un sueño de Damasco.
¿Quién sabe adónde va el bergantín sonoro?
¿Qué destino le empuja o qué armador le construyó
con tanto afán como una moneda de oro
que por poseerla un gran rey se murió?
Nadie lo sabe. Sólo un marinero
que, si lo sospecha, no lo da a entender,
se sonríe al ver
que ya estamos en Agosto, y el buque partió en Enero ...
En los muelles la gente se pregunta angustiada
qué ha sido de ese buque, tan extraño en sí.
Pero, en verdad, ¿no está un tanto velada
la ansiedad de esas gentes que preguntan así?
Preguntan al marinero. Y él dice: yo no sé;
aunque el tiempo sea de bonanza,

suele el mar estar rojo en Bab-el-Mandeb,

y agitado en el cabo de Buena Esperanza.

Y yo, que les acompañó, ni hablo ni respondo.

¿Para qué? Aunque diga la verdad,

buscarán siempre bajo el agua sin fondo

el bergantín sonoro que quise simbolizar...

El Caballero Tenía La Barba Azul

Y así que el fuego hubo devorado completamente la madera, y la alta pira se convirtió en carbón, como un muñeco sin igual vestido con modas femeninas, cayó el noble señor al suelo.

Venía de los próximos huertos un apacible olor de cereza; quedos ruiseñores hablaban en los setos de una aventura ideal; la noche era azuladamente obscura; y en la plaza, ante el resplandor de los encendidos carbones, la muchedumbre veía atónita cómo dos brasas de fuego devoraban los ojos del señor.

—Recuerda, —insistía una madre a su pequeño— ese hombre fué malo.

Y las mujeres se alejaban señalándole con el dedo, murmuraban en voz baja el nombre execrable, pedían perdón por el alma inclemente, marchaban en silencio, teñidas de rojo las espaldas por el resplandor final.

Fué de noche a altas horas, cuando las doncellas acudieron a besarle el rostro. Muy cambiado estaba el

noble señor. De su figura, antes tan hermosa que daba pena verle así, el fuego devorador había arrebatado los encajes, las sedas, toda la noble carne. Y en su cuerpo voluntarioso, sólo la barba, por extraña casualidad, había quedado intacta.

Almas llenas de amor, las doncellas vivían largas horas sobre sus labios, rendían lentamente sus caricias ya estériles. Y bajo la boca insensible —curiosilla de zapatitos blancos y dientes de leche, santa querida de la casa, con pecho tibio y débil cintura de señorita, una criatura— los deditos caprichosos y angelicales —jugaba con tu barba, caballero Ghil de Rez.

Orellana

Es el grado de las noches incendiarias y crispadas.
Bajo el bronce —cobre— plata de las franjas atrigadas
brama el pújil de cien saltos, de la selva tropical;
repercuten en el borde de los élitros chirriantes
—¡veneciana jaula de oro!— las galvánicas y errante
vibraciones estridentes de las erres de metal.
Tiembla el golpe de la Luna sobre el dorso de los lagos.
Los jaguares somnolientos de neuróticos amagos
runrunean dulces carnes de montmartres ó de harén,
aguzando la violencia de su antojo desmayado
en sus garras perezosas, como símbolo estrujado
tras la curva sobrehumana de una frente de Rodin.
Recrudecen en la sombra los euforbios agresivos;
hincha el crótalo la bilis de sus dientes expansivos
redoblando á la sordina su fatídico tambor;
bate el bronce de un rujido, replegándose en el viento;
cae la noche; y al ataque de un crepúsculo sangriento
calla el bosque americano, todo lleno de estupor.

...Y Que Arquímedes Muriera Midiendo El Ángulo Facial De Una Reina Destronada

Julio J. Jaureche.

Aquella tarde de severas melancolías cayó sobre ti como una muerte, y al perder el ánima, mis manos fueron las que sostuvieron tu frente. Estabas muerta de amor. Subía de tu seno un perfume de labio, un aliento de flores pequeñitas que han sido muy besadas, en que mi recuerdo iba tras de tu caída, prendido a la orla de tus encajes, tal como una criatura a quien su madre destetó.

Las horas avanzaban y mis manos estaban torpes para amortajarte. Yo era rey y tú eras reina. El castillo estaba lúgubre. Y el viento que secaba tus lágrimas llevaba mi lamento, un lamento único, incesante, monótono, repetido a iguales intervalos como el quejido de un pobre animal, —con tus manos entre las mías, sentado— a la hora de la locura de los reyes

—en un escabel de bufón.

Te Apreté Entre Mis Brazos…

Te apreté entre mis brazos, ¿recuerdas? y tanto fué el ruego de mis besos, o tan predestinada tu palidez, que fuiste mía.

Te dejaste tomar, y yo fuí el culpable. Pero, mirándote, tuve la conciencia plena de que ese pensamiento te era familiar, y más de cien veces habías pensado la actitud y expresión que ibas a adoptar cuando cayeras.

Las Desgracias

...Y así fué cómo quedamos en silencio después
de la violenta discusión, mirándonos con asombro y
algo pálidos, sin comprender absolutamente cómo ha-
bíamos llegado de ese modo a quedar en silencio, mi-
rándonos con asombro después de la violenta discusión.
Y algo pálidos...
Ya apenas se veía.
Mirándonos con asombro...

Tu Recuerdo Fué Largo Tiempo

"Je t'adore à l'égal de la voûte nocturne,

ô vase de tristesse, ô grande taciturne!"

Tu recuerdo fué largo tiempo como un perfume

que no se sentirá más debajo nuestro. Mi corazón

latía siempre con el ritmo que había aprendido de tus

tamboriles; tus pájaros italianos murieron de tristeza;

y en mis vastos paseos sin piedad, el sol del Sur tos-

taba mi piel en el sitio que habían ocupado tus brazale-

tes de oro.

Pero los profundos mecheros de gas volvieron a

apoderarse de mí; y en las largas aventuras, tu voz de-

cía de lejos: —¡Carlos, Carlos!

Tu gata te recordaba; y aún después de mucho

tiempo su cuerpo se estremecía y mostraba las zarpas,

cada vez que mi mano rozaba su cuerpo, acariciándola.

¿Qué más para tu recuerdo, ¡oh mi grande taci-

turna, que las aprensiones del süave animal?

“Mi Palacio De Invierno”

En casa había belladona
nuez vómica y pulsatilla;
en forma de varilla
conteníaslas una redoma.
Y esa manzana poma
había sido elogiada en la gacetilla
de un diario. Y la gente sencilla
reíase de esa pueril poma.
Los enfermos, sin embargo, con esa débil sonrisa
en que su voz de haber sido se exterioriza
como una melancolía que alcanza a ser plegaria,
saben el secreto de la larga vigilia solitaria,
en que el recuerdo de un largo contacto de rodilla
vale menos que una leve toma de pulsatilla.

María Elena Tocaba Siempre

Corre, corre mi cordero

salta, salta mi cabrita;

el caballero no vuelve

y aún le espera la niña.

María Elena tocaba siempre en el clavicordio; y los pájaros que la hubieron oído guardaron de esas romanzas un indefinible encanto. La vieja sala parecía reanimarse con esas notas de tanta dulzura, que el clavicordio parecía un pecho sensible y querido que en toda una larga noche no cesó de ser auscultado. Y María Elena, pura siempre sobre el sueño de su infancia, esperaba la paloma que debía anunciar el regreso de su bien amado.

Un pastorcillo de la comarca trajo a sus oídos las noticias de las batallas lejanas en que su señor el Príncipe se batía contra los infieles. La lucha había sido cruel pero había triunfado. Los moros huían hacia la costa, abandonando un rico botín y familias enteras

entre ellas la propia del califa.

María Elena esperó dos años la vuelta de su bien amado. No se sabía nada de él. Los labriegos contaban susurrando que la hija del califa era muy hermosa, y era el Príncipe, señor de las tierras conquistadas. Y los pájaros que hubieron aprendido de memoria las romanzas de María Elena, huyeron en un suave crepúsculo hacia una ignorada región.

Pasaron muchos años. El clavicordio, ya viejo, sonaba tristemente bajo las manos de María Elena. El instrumento tenía también el corazón herido, y lloraba con su dueña. Una noche el clavicordio no sonó. El pobre amigo había muerto, como un pobre amigo que queda ciego de tanto ver correr nuestras lágrimas. María Elena iba todas las tardes a llorar junto al clavicordio, como una señora que quedó de luto.

María Elena vive aún, esperando a su bien amado.

Y su historia es conocida de todas las niñas que esperan, llorando sobre un pobre amigo que puede ser un clavicordio.

Colores

Era una rosa que tenía nueve colores, y el primero de estos era un aguijón para los malos hombres. Azul-Violado-Gris-Rojo-Verde-Oscuro-Blanco-Perla-Lila. No era menester que fuera. Dado que la primera palabra es en sí precisa, hubimos de meditar todo aquel largo día sobre nuestra pretérita aspiración, —siempre esperado por ellos, buenos e intranquilos— para una dolencia que, en verdad, supo ser inmotivada, a una hora en que las ojeras están fatigadísimas, por un angosto valle de silogismos donde no fuera sensato detener la marcha.

Las Pantallas De Fátima

Niebla y paisaje. Vago hemisferio
que marca un lírico planisferio;
noche de noches y de zafires
sobre la ruta de los fakires;
luna que azula la lontananza
con las turquesas de su romanza;
cielo que empluma los desahelos
con la quimera de tardos vuelos:
en el desierto de locas glorias
donde se angostan las trayectorias.
Tienden las brumas en los mirajes
Su desabrido guipur de encajes.
Luz indecisa de un asteroide
Sobre la negra mancha elipsoide
Y hay un Mar Muerto tras la neblina,
Como una gota de tinta china.

Con Fútil Elegancia

Con fútil elegancia de modelo
—verdes encajes y caprichos gualda—
la banal compostura de tu falda
prolongó aquella noche en mi pañuelo
su pliegue tenaz. La mueca jalda
de una máscara gris de terciopelo
sollozaba y reía bajo el pelo
sobre el frío versátil de tu espalda.
Los champañas sin alma naufragaban;
y en tanto que tus manos se extraviaban,
sonó, con intranquila conjetura,
en el borde estridente de tu copa
desde el vértigo azul de una galopa,
el sordo cascabel de mi locura.

Los Cuarenta Días…

Los cuarenta días habían pasado, y los hombres observaban el horizonte. La cena estaba servida. Sobre los cojines descansaban los cuerpos elegidos. Y ni una anunciación ni una voz conocida. Llegó el cuadrigésimo día. La tarde cayó, y en el horizonte dibujóse un Cristo taciturno que traía la cruz a cuestas. Venía cansado y lleno de sudor. Y un perro triste venía lamiéndole los pies que estaban cansados; venía con él un perro repelido por todos, un perro miserable que de todas partes habían echado y que apenas podía caminar. Y Jesucristo, lleno de humildad, cogió al perro entre sus brazos cuya desnudez estaba hecha de ternura y pan eucarístico. Y el perro murió entre sus brazos, mirándole fijamente. Y Jesucristo vio en la mirada del perro algo que había visto —sólo una vez— en su propia mirada.

Lemerre, Vanier Y Ca

Bajo la curva, la noche de plomo;
sobre el aliento, vapor de bromo
ata en el cuello fino calambre
con invisible, rígido alambre.
Por la ventana que está entreabierta
la luna muestra su faz de muerta,
desfigurando, tras los cristales,
algunas piedras filosofales.
Se angustia el vientre de los crisoles
en la insistencia de los alcoholes,
y gime en finos ruidos distante
como murmullos subcrepitantes.
Sobre los bordes de la campana
suenan las cuatro de la mañana.
Los negros perros, estremecidos,
lanzan al aire largos aullidos.
Chirrían los goznes de modo adusto
y a la ventana se asoma un busto:

como los muros —en línea recta—
la Luna en negro disco proyecta
sobre la albura del macadam,
como un curvado, trágico escollo,
la calva frente de Claudio Frollo
bajo la sombra de Notre-Dame.

Comencé A Escribir

Comencé a escribir y a dibujar: —fue un pasaje del

año anterior, un éxodo de sueño-ensueño que vagó,

flotó, tremuló, llevando así en una carne de novia,

hostil y enferma, toda la negligencia de mi inverosimilitud.

Fue una intuición de gloria:¡arrodíllate!

Fue una desventura: ¡no me olvides!

Aquel Primer Episodio

Aquel primer episodio fue tan recordado
en tus sonambulismos, que tu lecho empezó
a parecer una flor roja de la que conservabas todos
los sobreentendimientos. A altas horas de la noche
paseabas por los salones, desvelada para siempre;
las luces que por ti quedaban encendidas no alcanzaban
a darte sombra; y para los viejos retratos que sentían tus pasos
sin verte, eras el alma de aquellas aventuras
que no se acabaron de contar.
Hermosas, lamentablemente hermosas, tus manos
no sabían sino desprender las pulseras. Los criados
fueron despedidos uno a uno. Caíste en un sueño
profundo y, sola en el lecho, tu respiración fue
largo tiempo la música del oscuro piano.
Y tus medias de seda eran lo único que en la casa
guardaba tu tibio resplandor. Y en el lúgubre episodio,
mi locura era la flor roja sobre la que estabas dormida

pesadamente.

Tu Agonía

La tarde se moría y en el viento
la seda de tu voz era un piano,
y la condescendencia de tu mano
era apenas un suave desaliento.
Y tus dedos ungían un cristiano
perdón, en un sutil afilamiento;
la brisa suspiró, como en el cuento
de una melancolía de verano.
Con tu voz, en la verja de la quinta,
calló tu palidez de flor sucinta.
La tarde, ya muriendo, defluía
en tu sien un suavísimo violeta,
y sobre el lago de tersura quieta
los cisnes preludiaron tu agonía.

Sin Haber Llegado…

Sin haber llegado nunca a la convicción de que mi martirio fuera necesario, paseé aquella noche de luna, con el alfanje en la mano derecha y debajo del brazo un haz de leña. Abraham llenaba mi sombra y el holocausto estaba próximo.

Caminábamos por una llanura acribillada de solfataras; y en el humo de los acres sulfatos éramos dos aventureros. El suelo se hundía a cada paso. Una profunda astricción anudaba nuestras gargantas, y las pocas palabras que podíamos articular estaban llenas de rencor.

La senda era larga. Atravesamos una llanura y después un bosque de limoneros. Después un bosque de cien leguas. Y de nuevo una llanura. Estábamos rendidos.

—Decídete— murmuró Abraham.

—No, —le respondí apenas;— más lejos.

Al comenzar de nuevo la marcha, dimos vuelta la

cabeza: el bosque estaba ardiendo como una zarza,
y la palabra de Dios no salía de entre la zarza. Seguimos. El paisaje se accidentaba. Huellas de fantásticos animales cruzaban el suelo. La pisada era profunda, el terreno cuaternario bramaba de nuevo, y sobre la cabeza blanca de Abraham llovía aún el diluvio aterrador.
Le miré: el alfanje, suspendido sobre mi pecho,
cayó. Y de la honda herida, los ojos aún cerrados, surgió lentamente la cabeza del cordero.

El Ataúd Flotante

Yo tenía un poco de dolor de cabeza.

En el humo azulado de la azul tetera

flotaba como un alma o una idea severa.

Tenía también —no mucho— un poco de tristeza

Y tu alma flotaba dentro de la pieza

como un humo azulado de alma verdadera

llena de desgracia de no ser la primera

de aquel amor que creó mi eterna pereza.

Las llamas de alcohol mostraban mi vista

anchos y lutos labios color de amatista.

Y tanto allí flotaba tu alma de amazona

que sobre los vapores del verdoso zumo

las moscas acudían, y había en el humo

olor de muchos frascos y de belladona…

Combate Naval

Flamean en el aire los gallardetes
sobre el vientre vacío de inflados foques
y aúna el centelleo de sus estoques
la vanguardia marina de los cadetes.
Repercute en el pomo de los floretes
la arterial valentía con claros choques,
y en el salón distante suenan los toques
de un hipnótico dúo de clarinetes.
Y comienzan de pronto las desazones:
Más alto que el reflejo de los cañones
se extienden en la bruma los catalejos;
y más alto que el humo del carbón de hulla
alza el clarín su grito, y el bronce aúlla
a la mancha de sangre que ve de lejos.

La Mona

Tengo entre los recuerdos de mi juventud
las memorias inseparables de una mujer
y un animal: mi novia y una mona.
Quería entrañablemente a las dos,
sobre todo a mí amada. Hoy, al evocarlas,
encuentro tan íntimamente ligados los dos cariños,
que me cuesta trabajo separar las dos personalidades.
Con la diferencia de que cuando recuerdo a mi amada,
nada siento de anormal; y cuando pienso en la mona,
echo dolorosamente de menos el amor de mi novia.

Juan Había Dormido…

Juan había dormido sobre su camilla de hospital;
y la agonía de la tarde que llegara a la ambulancia repleta, daba un tinte de vida a su pierna mutilada. Y el estropajo humano era antiguo. Y largo, y llegaba al valle, a los lomos —acribillados a bala— de los vencidos. Y el ejército triunfante se tapaba las narices ante el insoportable hedor, y las moscas se obstinaban sobre el vientre blanco de un general que tenía una enfermedad en el estómago.

Buenos Aires

En el momento en que me pongo a escribir

brilla una luz de no muy lejos.

Comprendo que tengo que partir,

y limpio el catalejo...

Pero esa luz es un melancólico topacio

o es un colibrí que está quieto en el aire?

Yo voy hacia el puerto despacio, despacio,

y me embarco para Buenos Aires.

Sentado en la popa no pienso mucho.

Mi cabeza linda no lleva sombrero.

Un barco ballenero

me causó una vez risa... pero no, era un falucho.

Y mi vista ve cómo en la distancia

aparece una bella ciudad,

una ciudad tan bella como ví en Francia

cuando era corta mi edad.

Tiene todos los encantos de una doncella.

Yo amo verla, porque me causa bienestar.

Yo quisiera poderla hablar,

y después abrazarla, como se hace con las doncellas.

Es tanta mi alegría que llegan los marineros,

los marineros de tranquilo donaire,

y me dicen: —¿Qué os pasa, señor viajero?

y yo digo: —Oh, Buenos Aires, Buenos Aires!...

Iré a visitar algunos parientes

que han tenido noticias de mi venida;

veré luego a mis amigos excelentes,

y después pasearé por la calle Florida.

No miraré, por cierto, los grandes edificios.

Y viéndolas tan lujosas, tantas y tantas noches,

comprenderé cómo se hacen sacrificios

por las señoritas que pasean en coche.

Y cuando vuelva, diré, en una fina intriga,

a mi amigo discreto que al oírme sonreirá:

—en mi mano se ha retardado una mano muy amiga,

y tuve de esa señorita la caricia esencial.

Los Faros Remotos

Te había arrojado al mar; y en aquella noche de luna, tan propicia para los raudales de lágrimas, te ibas alejando de la orilla en el fé-retro azul en que había escondido tu cuerpo.

Avanzabas lentamente. Con el reloj en la mano, los minutos que iban tras de ti eran eternos; la media-noche estaba próxima; y bajo la gruta marina que iba a absorberte, una mortuoria claridad de basalto acogía el reflejo azulado de tu ataúd.

De pronto la noche se oscureció y dejé de verte. Ibas a desaparecer.

Entonces, levantando en las tinie-blas mi brazo que oscilaba de ade-lante a atrás, a guisa de faro remoto,

brilló la piedra de mi sortija. Y bajo
la tempestad que caía sobre noso-
tros, el fuego sombrío del rubí atrajo
lentamente tu ataúd.

Pasifae

...que valen los besos de tu boca divina
mucho más que la patria del viejo Stendhal.
—Asdrúbal E. Delgado.

Señora, has muerto. El primer canto de los gue-
rreros será para tí, ya que fuiste su reina, sombra de
las estirpes caídas, llevando el estandarte de las razas
a los países ignotos, con tus elefantes y tus arqueros,
tus carros y tus Vengadores, inmaculada aún para la
desgracia del Sombrío Occidente.

El primer llanto de las plañideras será para ti,
—Reina de gracia eterna;— jóvenes etíopes destrenza-
rán sus cabellos, empaparán de lágrimas sus ojos, un-
girán su cuerpo con aceites lejanos, desgarrarán sus
vestiduras, ¡oh Señora de pasiones fuertes ! serán llenas
de dolor contigo.

Veo el palacio, los jardines que aún no han vola-
do, las piernas velludas de un rey que te deseó. La
ciudad está en silencio, duermen los grandes bueyes,

y el llanto de las plañideras ha cesado, porque los gue-
rreros no cantan más.
Sólo en tu vientre —¡oh Gran Reina desdeño-
sa!— manzana díscola para los paraísos humanos, al-
ma dormida dentro de las caderas, a que sólo los abra-
zos ásperos pudieron despertar, sonará para siempre,
como una voz que preña, el mugido de la vaca de bron-
ce, animada por ti.

Los Pequeños Vapores

Era un soplo la voz del campanario;
y en el escaso sol de la bahía
como un ala de nieve se perdía
la pálida belleza del estuario.
Cantabas, con los salmos del breviario,
vagamente la mística alegría,
cuando era más incauta tu agonía
sobre el ancho paisaje literario.
Y en la tarde propicia de aquel Junio
que azulaba el adiós del plenilunio,
apagó tu fructuosa cantilena
bajo el silencio tibio de mis guantes,
la noche que traía, por instantes,
el lejano clamor de una sirena.

A La Señorita Isabel Ruremonde

Cogiéndome las manos, me decía a menudo: —Ven
ga, amigo mío, ya sabe cuánto le queremos. ¡Ha sido
usted tan bueno con nuestra pobre enferma!
Pálida, débil, vestida siempre de heliotropo de
que era el claro perfume, un poco triste, aun en los días
que fueron menos severos para su enfermedad, su al-
ma se perdió en una corta vida que ella misma —¡oh
pobre criatura!— agostó deliciosamente.
Fué largo tiempo desconocido el mal que la aque-
jaba: —¿Sufres, mi hija? ¿qué sientes, querida mía?
—Nada, mamá. —Y, no obstante, bien visible era
su delgadez, y bien se notaba que mentía, la enferma
señorita.
En Niza, cuando la estación enfriaba los teatros y
en el aire cálido eran los pañuelos más suaves en las
bocas, su plácida agonía se acentuaba más, la dañaba
ser vista, quería estar sola; —ya de lejos para no aver-
gonzar a la señorita, bajó los profusos encajes que as-

cendían a ratos, sus piernas tan delgadas llevaban consigo, como una promesa asaz melancólica, la sonrisa de los caballeros.

¡Señorita, señorita! qué motivo de pena iba a ser usted para su familia!

Velaba solo, en la luz de la lámpara cariñosamente descendida.

Me había acercado en silencio. ¡Oh, sí, muy enferma estaba! Blancas las mejillas, los labios ya sin bondad, los ojos puros aún, en que la abusada agonía de muchos momentos había fijado una a una —como violetas de amor— imperceptibles desgracias.

Señorita imprudente —repito— ¿es perdonable que hiciera usted tan poco caso de la vida?

—¿Es usted, amigo mío? —Sí, querida soy yo.

Y como era ya hora propicia, extendí el vaso hacia su sensible boca.

—Pero —me dijo sonriéndome dolorosamente— mis manos...

—¡Ah, es verdad! —Y acariciando casi para no lastimarla, la ancha pulsera de oro que las unía sobre los almohadones, desprendí sus manos, manos queri-

das y culpables, manos malas, que el médico mandó su-
jetar a fin de que no martirizaran más a la pobre niña.

Las Bocas Anchas

Desquiciaron las lluvias el bejuco
Del cenador antiguo; y el madroño
Echaba altamente su retoño
En la penumbra del jardín caduco.
Anudábanse en flores de sampsuco
Como un ramo las cintas de su mono,
Mientras ardían en el Sol de Otoño
Las pasajeras fiebres del estuco.
Emanaban los céspedes su amarga
Humedad, Y en la noche de tu sarga
Deshojaron tus fúnebres aciertos
La exhausta longitud de mis posturas,
Como sangrientes rosas prematuras
Entre los labios de los niños muertos.

Mi Nacimiento

Mi nacimiento, en suma, fué como el de cualquiera :
mi madre sonreía con su candor de cera,
la sirvienta prolija buscaba ropas blancas,
y el médico admiraba sus formidables ancas.
En tanto yo gritaba y me callaba a ratos,
tal como los canarios cuando ven a los gatos.
Después vino la infancia con sus descomposturas,
despertando con ella las vocaciones puras.
Todas las criaturas que jugaban conmigo
llevaban de mis dedos la marca en el ombligo;
si bien algunas veces —y éstas no fueron pocas—
ponía mi hombradía ya sólida en sus bocas.
El tiempo iba corriendo, y con él avanzaba
mi afán de hacer posible todo lo que miraba.
Aquellas amiguitas de mi infancia primera,
untuosas por la savia de mi audaz primavera,
continuaron jugando conmigo todo el día,
Inés, Teodora, Antígona, Berenice y María.

Inés era graciosa como una pluma blanca;
hija de una familia poderosa en la banca,
su regia compostura daba placer al hombre.
Mi boca era tardía en pronunciar su nombre
en fuerza de gustarle como una golosina.
Su voz precipitaba la fiebre vespertina
que mata a los amantes de las baladas rusas.
Sus manos deponían ilusiones confusas
en todo. Pocas veces se entregaba de veras.
Era rápido el tiempo llorado en sus caderas.
¡Qué más! poco duraron nuestros momentos claros.
Teodora fué en seguida con sus placeres raros.

* * * * * * *

Su vientre recusaba toda función tranquila,
e iba, triste, siguiéndola, como un perro a la esquila.
Sus sedas exhalaban monótonos delirios,
sus ojos se incendiaban en ardientes colirios,
y entre sus muslos blancos mi vida se fundía
ante el cristal de aquella decadente María.
Fué Antígona la casta doncella. Sus caricias
son para mis recuerdos adorables albricias.
Paseábamos de noche por las frondas caseras

bajo los paraísos que bordan las aceras.
Vivía al lado nuestro; su familia era pobre
como las cercanías de un manantial salobre.
Desde la puerta hablábamos cuando había llovido,
y entonces recogía con su mano el vestido.
¡Cuántos besos volaron en las tardes mojadas!
El viento sacudía sus enaguas caladas,
sus aros; que tenían un ópalo en el centro;
como a los dos a un tiempo nos llamaban de adentro,
soplábamos un beso, riendo, sobre las manos.
Estos idilios blancos son siempre bien humanos.
Todo pasó, no obstante. Una gran epidemia
temblores, fiebre, vómitos; ya casi al fin, uremia,
arrebató su vida, como una cosa fácil,
y así revive ahora su cuello largo y grácil,
la plazoleta, Antígona y su pobreza tierna.
Berenice es el símbolo de la belleza eterna,
su vida es un esfuerzo hacia la forma estricta;
todo lo que —en resumen— la desazón nos dicta
cabe en su esencia, puesto que el sufrimiento crea
el verso, el embarazo mensual de la marea,
la vida, que es un simple esfuerzo, y por lo tanto

llena de contracturas dolorosas; y el llanto
de las recién paridas es igual al chirrido
del cabrestante, el torno o el alambre torcido
que llora con el mismo dolor de las paridas.
Como las Adalgondas nevadas, o las Idas,
Berenice, mi amor celeste era alta y flaca.
Sus manos se afilaban en tersuras de laca;
por la noche leíamos bajo el parral sombrío,
del cual se divisaba la palidez del río.
Berenice tenía dieciocho años. Nada
era tan silencioso como su voz velada;
tenían los rubíes de sus manos desnudas
el trágico decoro de las princesas mudas
que entierran por sus manos a sus amantes muertos…

El Payaso Dormido

Dormía como un niño, con su clara
vestimenta de "clown"; ancho consuelo
daba la ingrata claridad del suelo
a su fastuosa noche de algazara.
Su boca carmesí, de tinta rosa
reía alegremente bajo el cielo,
afirmando esa púrpura hasta el pelo,
el almidón espeso de su cara.
Desvirtuaba ese caústico diseño
toda posible placidez de sueño.
Movido a compasión tracé a su frente
en las dos comisuras de su risa,
una pequeña diagonal de tiza
a fin de que durmiera gravemente.

Toda La Noche

Toda la noche había estado sentado en un rincón de la sala, con las manos sobre las rodillas, sonriendo dulcemente a las parejas que pasaban bailando. Era una delicada visión de baile, solo, asombrado y enfermo, a ratos tosía, se llevaba el pañuelo a los labios y oprimía con solicitud cariñosa su pobre pecho. Con los compases de la orquesta se mezclaba su seca tosecilla.

Pasó una máscara y se detuvo mirándole.

—¡Pobrecito! —exclamó.

Él sonrió débilmente, tratando de levantarle el antifaz con su dolorida mano. La máscara huyó riéndose. Y él volvió a los espejos su enharinada cara de Pierrot, bajo la cual dos manchas de vivo carmín agonizaban en los pómulos, tan rojas como las manchas del pañuelo que se llevaba a la boca…

El Tonel De Amontillado

Poe dice que, habiendo soportado del mejor modo posible las mil injusticias de Fortunato, juró vengarse cuando éste llegó al terreno de los insultos. Y nos cuenta cómo en una noche de carnaval le emparedó vivo, a pesar del ruido que hacía Fortunato con sus cascabeles.

Frente al gran espejo de vidrio, fijo en la pared, Fortunato me hablaba de su aventura anterior —el traje aún polvoreado de cales— preguntándome si quería verle reír. La verdad de aquella identificación tan exacta con el noble Fortunato me divertía extraordinariamente, tanto como sus cascabeles, algo apagados, es verdad, por el largo enmohecimiento.

Las parejas que cruzaban bailando no nos conocían: es decir, conocían a Fortunato, pero éste fingía tan bien las risas de Fortunato y, además, estaba tan alegre, que nuestra estación frente al espejo de vidrio fue completamente inadvertida. Y del brazo, recordándome sus anteriores injusticias, pasamos al bufet, donde bebimos sin medida.

—Esto es champaña —me decía Fortunato—; reaviva las ofensas.

¡Pobre Fortunato!

—Esto es oporto. Para darle aroma lo tienen largos años encerrado en las cuevas.

Grandemente me divertían las disertaciones de Fortunato. Fortunato estaba borracho.

—Esto es vino de España. Le atribuyen la virtud de apresurar las venganzas.

¡La venganza, la venganza! le apoyaba yo a grandes gritos. Estas extravagancias de Fortunato, tan características en él, me eran muy conocidas.

—Vamos —me dijo. Y descendiendo juntos la escalera, a pesar del trabajo

que me motivaba su pesadez, llegamos a la cueva. En el fondo había un barril de vino y Fortunato gritó—: ¡Amontillado, amontillado! Fue de este modo.

Y cogiendo una vieja pala de albañil —las cadenas fijas en la pared— me miró tan tristemente, que, para no soltar la risa, fingí tener miedo.

—¡Fortunato! —exclamé corriendo a abrazarle.

—¡Bah! —dijo. Y mientras mis ropas se humedecían de cal centenaria, me gritó clavando la puerta:

—¡Por el amor de Dios, Montresor!

—¡Sí! —me apresuré a responderle—. ¡¡Por el amor de Dios!!

Venida Del Primogénito

I

Con la estación que había llegado, el cielo se apaciguó por varios días; y en los yermos plantíos a que trastornaron los chubascos sin fin, la mano del quintero puso un poco del orden que era necesario. Por el sol de los establos lejanos las jóvenes vaqueras cruzaban con ramas floridas; las brisas tornábanse livianas; los pavos reales —recobradas sus grandes plumas— exhibían como reinas quietas su decorativa visión.

Y como la fecha de nuestros esponsales fuera ya algo fugaz, bajo el aire matinal en que tu cintura iba —como una asaz joven señora— a buscar el apoyo de los grandes árboles, el nanzú de tus corpiños, los cinturones difíciles, las faldas oscuras que para mi comenzaban a ser sensatas, supuse que podrían muy bien ser las ropas de una mujer encinta.

II

Y surgieron las primeras entrevistas: Juana, la hermana menor, a quien el piano era grato; Estela, bien amada del padre, dormía con lámpara encedida; Doralisa, cuyas equívocas amistades atrajeron sobre sí la vigilancia materna; Perdigona, hábil en el manejo de la casa, era la mayor de todas.

Las cuatro hermanas, en compañía de la que debía ser mi esposa, me escuchaban como a un hermano mayor que hace preguntas sencillas. Y decía a Juana: «El piano es en verdad difícil instrumento». Y preguntaba a Estela: «¿No temes desvelarte con la luz encendida?». Y a Doralisa decía: «¡Ten cuidado, joven incauta». Y a Perdigona, hacendosa: «Difícilmente ¡oh Perdigona! se hallará precio a tus virtudes».

Familiar así a sus caracteres, unime con ellas en plácido cariño; de modo que la noche en que la iglesia fue para nosotros bien emocionante —vestidas desde temprano, Perdigona primero, luego Juana, después Estela, Doralisa última de todas, en el último cortejo—, las cuatro hermanas nos seguían. Nuestra casa de novios fue alegre mientras cruzaron sus maliciosas sonrisas. Y sólo yo con mi esposa hubimos de abrazarnos con ternura cuando —abiertos los sobres que nos dejaran las cuatro hermanas— leímos en cada uno de ellos el nombre elegido para el que debía ser retoño de mi raza.

III

El señor obispo, amigo y protector de mi familia, nos favorecía con su amistad, y sus recuerdos prolongaban las veladas como una voz cordial que predica desde el lago: eran niños comulgados, a veces, cuyos labios gustaban la sagrada hostia; jóvenes campesinas que hicieron dos jornadas para ver al obispo en misión; tardes de piadosos besos, en que sus manos eran muy estrechadas, detalles múltiples que no siempre fueron puros. Y nuestro venerable amigo, inclinándose a mi oído, me contó como en una noche venial se sustrajo —nerviosas aún por las riendas de los grandes trotones que volvían de las carreras— a las manos áridas de una mujer en deseo.

IV

En pos de la primavera llegó el verano, y en esta estación, como en la bella fábula de La Fontaine, hice con mi esposa largo acopio para el invierno. Por los primeros días de abril, las cuatro hermanas venían a buscarnos y salíamos. Doralisa, ufana de mi brazo, establecía las distancias, y en el claro otoñal de las florestas me mostraba, riendo, la escasa vigilancia del guardabosque, enamorado como una mujer.

Luego, Estela huía de las alamedas demasiado umbrosas; la hermana menor y la mayor pescaban; Doralisa, despierta, reñía alegremente conmigo. El día deslizábase así, lleno de plácidas horas, hasta que mi voz llamaba al retorno, cuando Juana y Perdigona —recogidas las blancas enaguas— subían a pie enjuto la húmeda vertiente. Y en los paseos aquellos para los cuales Estela, temerosa del frío, no abandonó sus cortas capas, justo es decir que mi esposa llevaba a nuestro primogénito en brazos.

Jesucristo

Con el chaqué prendido hasta la barba, trasnochado y el paso recto, marchaba Jesucristo por la Avenida de las Acacias, quebrando inconscientemente una rama caída entre sus guantes gris acero.

El bosque estaba desierto, la noche finalizaba. Los árboles emprendían su tiritamiento en la madrugada lívida, sobre el galvánico resplandor de la gran ciudad, sobresaltada allá abajo en su nervioso sueño. Rodaba por el suelo una confusión de hojas secas que el viento arremolinaba, espiralaba, desparramándolas por los lagos helados.

Jesucristo marchaba con la cabeza baja. Sobre el pecho caía su rubia barba de israelita —cortada en punta— aún despeinada por los estremecimientos de las inolvidables agonías. Sus ojos, cargados de amor, no miraban. Su elegante silueta, oscilando por la avenida, adquiría —tras la bruma— el impreciso espanto de las forma sonambulizadas que caminan hacia atrás.

Tuvo en escalofrío. Alzó hacia el cielo su cabeza sobrehumana, y se internó en las alamedas laterales, congestionadas —allá a lo lejos— por una tardía aurora. Una blanca sombra desprendida desde el lindero le hizo dar vuelta la cabeza: sombríamente intercalada en una fila de árboles deformes que el encantador exotismo de un ministro trasplantara desde una remota península colonial, una cruz distendía sus brazos entre la floración de aquella savia grotesca, viciosamente contractada en dolorosas ampollas como un brazo que no se levantará más, reproduciéndose a lo largo de las ramas enflaquecidas, irradiando graves erisipelas, terminando —allá en el extremo— en una intensa tumefacción de todos los tejidos que doblaba la savia como oscuros miembros mal amputados, de la cual el árbol entero —astringiéndose— parecía sentir la incalificable torpeza.

Elevaba sobre las inscripciones del pedestal la blancura de un Cristo moribundo, lleno de úlceras y de resinas corroído por el ozono y las pedradas infantiles, perfilando en la luz naciente la retorsión de su interminable agonía, sobre cuya carne tragedizada la madrugada lívida

comenzaba a sudar.

Una ráfaga de viento vino de lejos azotando los árboles, levantó un remolino de hojas, giró llena de polvo, pasó.

Jesucristo miraba siempre; con lenta curiosidad, pronto el monóculo, acercó sus pasos a la cruz de mármol, hundido de lleno en el recuerdo solevantaba un peso imaginario con sus hombros de forzado.

Pasó una segunda ráfaga. Sus cabellos se enmarañaron, bajo la mano enguantada que les sostuvo. Sonriendo, púsose a contemplar ese símbolo de su antigua derrota.

* * * * * * *

Hijo de oscuros plebeyos, exacerbada su juventud por una repentina vocación de apóstol, se veía rodeado de pescadores y nazarenas a quienes explicaba modestamente la Teoría de los Humildes, predicando la buena nueva en una boda de Canaán, con su mirada triste de renunciado.

Después era el doloroso peregrinaje de tre años, lleno de santa paciencia bajo el cielo hostil de la Palestina que huracanaba sus palabras —su buena palabra de bondad—; codeado, repelido, azotado, su infinito amor sembraba la semilla redentora, era besada su oscura túnica, eran ungidos sus cabellos, marchaba amorosamente al desastre, con sus pobres pies heridos sobre los que María Magdalena lloraba silenciosamente. Más tarde, se veía de nuevo con la cruz al hombro entre una incesante rechifla de galileos, sistolizaba su corazón un pensamiento de duda, ascendiendo un martirio que desplomaba sus espaldas en la imprevista visión de un gólgota sobrehumano.

Y luego, sobre la cruz, era una heroica necesidad de triunfo que refrenaba sus gritos. Olvidado tal vez de su doctrina, quería ser victorioso. Ya, acaso, no era el predicador, era el hombre expuesto a al befa de diez mil mercaderes, calcinado sobre los insultos, ansiosamente espiadas las mínimas contracciones sufridoras de su débil contextuar, en que el orgullo iba midiendo su agonía, a las tres de la tarde.

* * * * * * *

A lo lejos, la ciudad despertaba.

Un sordo murmullo de eclosión venía de París, que el esfumino de un toldo de humo —glasgownando el paisaje— lapizaba tras las últimas alamedas. La bruma estaba disuelta; el cielo se abría en un claro de pálida extenuación.

Jesucristo miró todavía el Cristo de mármol, y una ligera sonrisa no pudo dejar de acudir a sus labios. En la cruda resurrección del pasado que llegaba a sus ojos, bajo el refinado petronismo de su existencia impecable, dilatábase el asombro, no para el esfuerzo, sino para la buena fe con que había cumplido todo aquello, la intensa necesidad de elevar al pueblo, le puro salvajismo de su sacrificio, con el Desastre final, tres horas de irretornable tormento que secaban su garganta, en la evocación de una agonía que pudo ser trágica y no fue sino bárbara.

* * * * * * *

Una claridad más intensa inundaba París. Apartó lentamente los ojos, en que un profundo violeta idealizaba la fatiga. En seguida, sin encogerse de hombros, prosiguió el camino estremeciendo en la marcha de sus largos bucles —última coquetería del pasado— sobre los cuales un rayo de sol, penetrando furtivamente por el ramaje, hacía juegos de luz.

El Guardabosque Comediante

En el fondo del bosque, entre una verde aglomeración de abedules y tamarindos, vivía un pobre hombre que se llamaba Narcés. Era bajo, amarillo y triste. En su juventud había sido cómico de un teatro de aldea. Usaba barba que no peinaba nunca, y monóculo, al cual se había acostumbrado en las farsas en la escena. Sus penas le habían vuelto distraído. Caminaba con lentitud indiferente, abriendo y cerrando los dedos, envuelto en una larga capa que arrastraba a modo de toga.

Solía suceder que, levantándose tarde, se lavaba y peinaba con cuidado, ajustaba correctamente su monóculo, y tomando el camino que conducía al pueblo marchaba gravemente. Al rato murmuraba: "Yo soy romano y negligente". Se detenía pensativo y bajaba la cabeza. Después continuaba su marcha. Pero las más de las veces se volvía de pronto y comenzaba a deshacer su camino, lleno de distracción y tristeza. En el resto de esos días quedaba aún más encogido de hombros, y abría y cerraba con más frecuencia sus manos.

Por lo demás, era inofensivo. Su gran diversión consistía en ajustar un papel cuadrado a los vidrios de la ventana, y contemplarle de lejos.

En las rudas mañanas de invierno iba a sentarse a la linde del camino, y, arrebujado en su capa, soportaba el helado cierzo que le hacía tiritar.

No se movía de allí hasta que una pobre mujer cualquiera pasaba temblando de frío. Entonces la saludaba, retirándose satisfecho: "He sido galante", se decía.

Una vez encontró en un rincón de su cuarto algunos viejos libros que le sirvieran de enseñanza para el teatro. Pasó tres días encerrado. Al cabo de ese tiempo salió con una larga espada de palo y el rostro sombrío. Fue al pueblo —era de noche— y se apostó en una esquina, observando de soslayo las desiertas calles. Como después de mucha espera pasará una dama, fue al encuentro de ella, detúvose, colocó su mano izquierda en la cadera, avanzó la pierna derecha, dobló ligeramente la otra, se inclinó,

sacó su sombrero, y dijo graciosamente:

—Señora de mis ojos, ¿es que vuestra merced quiere mi vida?

A pesar de todo, era un buen hombre a quien su poca suerte, sin duda, había vuelto algo distraído.

Era guardabosque. Las chicas se reían de él, y los rapaces le seguían cuchicheando. El extraño adorno de sus ojos llamaba la atención de las comadres que le señalaban con el dedo cuando iba, raras veces, a hacer sus compras al pueblo. En esos casos tomaba porte señoril y daba grandes zancadas.

Sucedió que una muchacha oyera escondida sus monólogos, le susurró al pasar: "Soy romano y negligente". Esto le dejó pensativo por tres días.

En consecuencia, una tarde cogió el palo que le servía de bastón, calzó las grandes botas, y fue a llevar una carta a su señor que vivía a muchas leguas de distancia. Dejó el papel a los criados y se retiró. Como entregaran el sobre al señor, éste, abriéndole, leyó —escrito en gruesos caracteres perfilados que denotaban un paciente estudio del carácter de letra que debiera adoptar—: "Soy romano y negligente".

Tenía, entre otras manías, la de resguardarse del canto de las ranas. Se cuidaba de él, pero a manera de avestruces, esto es, ocultando la cabeza detrás de un árbol u objeto cualquiera. Su canto —decía— puede ocasionar una instantánea regresión a la célula, sólo con que las ondas sonoras repercutan en nuestro centro.

Dialogaba con los cazadores furtivos, observándoles burlonamente con su monóculo.

"Merodear —solía decirles— es como buscar un traje nuevo".

Y enseñaba el suyo rotoso con compasión.

Nunca se acostaba sin antes trazar con tiza una línea recta en el suelo y colocar encima su sombrero.

Los domingos cazaba; pero como nunca ponía plomo a las cápsulas, las aves, al volar, le sumergían en hondas cavilaciones. En uno de estos sucesos mandó una larga disertación al magistrado del pueblo, con este

título: "Del pomo como factor indispensable en la caza".

Sabía latín, que no había aprendido, y recitaba versos en inglés.

Su estribillo era: "gocemos de la vida".

Tenía sentencias propias, escritas en un viejo abanico Imperio, adquirido no sabía dónde. He aquí una de ellas:

"La raza es el justo medio. A regularidad, siglo. Cuando las razas degeneran, los superiores avanzan. Degeneración quiere decir exaltación. Un águila vuela: los papanatas—sapos abren la boca. Como no pueden volar, se arrastran. Entonces proclaman que el que no hace como ellos, peca".

Otra máxima: "Seamos prudentes. ¿Qué quiere decir prudencia? Coordinar los medios de modo que nos produzcan el mayor goce posible. Obremos tal como nos sentimos inclinados a obras; esto es, seamos prudentes".

De todos los recuerdos de su vida anterior, sólo conservaba uno sombrío. ¿Mucho tiempo? Sí, ya casi no recordaba cómo había sido.

Era gracioso de la compañía. Sus compañeros se burlaban de él, y le pegaban sin motivo alguno. Pero era tan bueno que sonreía dulcemente. Una noche le convidaron a cenar, porque la dama joven, que cumplía años, le tenía compasión.

Era una hermosa fiesta, llena de alegría y de señoras. Cuando entró con su vestido desgarbado, sonriendo con timidez y dulzura, como si quisiera pedir disculpa por su presencia, todos le aclamaron a grandes gritos. Uno le tiró del saco, haciéndole caer para atrás; otro le arrojó vino a la cara, un tercero le embardurnó la cara con pasteles, otros le hicieron caer de rodilla, colgándose de sus hombros. Y así todos, empujándole, maltratándole, sirviendo de juguete a los caballeros alegres. Pero él se limpiaba sin protestar, sacudía su ropa, pedía casi perdón por su pobre figura.

Cuando se cansaron de él, abandonándole, fue a sentarse en un rincón, con las manos sobre las rodillas. No hacía ruido, por temor de ofenderles. Miraba la creciente alegría de sus compañeros, siempre en su silla, pues

no se atrevía a tomar parte en la fiesta. Por eso cuando el primer actor se le acercó, ofreciéndole una copa de champaña, rehusó, apartando dulcemente el vaso.

—¡Que beba! ¡que beba! —gritaban todos.

—¡Bebe! —repetía el actor.

Pero él insistía en su negativa. Como nunca había bebido, temía le hiciera mal. Acudieron todos: uno le sujetó los brazos, los demás le levantaban la cabeza, tirándole del cabello.

—¡Pero déjenme! —repetía el pobre, debatiéndose—. ¿Qué mal les he hecho yo?

—¡Que beba! ¡Que beba! —vociferaban.

Y tuvo que beber, y le abandonaron. Al rato insistieron de nuevo y volvió a beber. Y así, cuatro, cinco, seis copas de champaña.

Se abría para él un mundo nuevo, una convicción tan serena y sencilla de que él estaba a la altura de sus compañeros, que entró en el grupo de las señoras, dirigiendo —sonriente— frases de fina intención.

Sus ademanes eran gratos, tenía alucinaciones. De pronto se sintió con exquisita potencia de voz, y cantó una romanza galante, marcando con el índice el compás.

No permitió que le aplaudieran sino una vez que se hubo parado en una silla. Y entonces, sacando la cadera, aplaudió a su vez con suave gracia.

Luego entró en un período de exaltación amorosa. Abrazaba a las damas y les besaba los ojos. Se colocó un sombrero de mujer, y caminando afeminadamente, exclamó: ¡Ved el amor que pasa! En seguida bebió sin interrupción una botella de oporto.

Tenía sed. Bebió más. Cuando la fiesta hubo concluido, se fue con la primera dama a quien agradaba su estado anormal. Es gracioso, decía. Soy galante, insinuaba él, estrechándola. Estaba completamente desvariado.

Luego no recordaba bien lo que había sucedido. En casa de ella tuvo

delirios, horas indiscutibles, en que tal vez la locura hizo presa de él.

Su crimen, por el que fue condenado a cuatro años de prisión —pues se le reconocieron causas atenuantes— le había hecho sufrir al principio, luego le había molestado, después le ocasionó orgullosa ventura. Había llegado, en pos de hondo examen, a la conclusión de que el pasado no existe, y todo individuo deja tras de sí millares de otros individuos que son los que han llevado a cabo las diferentes acciones del yo anterior.

—Con mucho —decía— yo seré un descendiente lejano.

"El que mata —escribió una vez— tiene dos yo: el suyo y aquel del cual se apropia. Es un avance a la absoluta individualidad. He observado que todos los que matan violentamente asimilan algunas de las cualidades de la víctima. Esto prueba la necesidad de matar, en la oscura persecución de un modo que falta al yo." Una vez concluida la carta, la encerró en un sobre y la llevó al correo con esta dirección: Al señor Narcés, guardabosque. Esperó lleno de impaciencia la carta, y cuando la recibió y la hubo leído, exclamó satisfecho: "Estoy conforme conmigo mismo".

Los años pasaron, y Narcés vivía siempre en su casita del bosque con la suave dulzura de su existencia sin preocupaciones de ninguna clase. No había perdido sus costumbres: su placer consistía, como antes, en el pedacito de papel cuadrado y su monóculo. Pero una mañana se olvidó de colocárselo, y sonriendo con tristeza comprendió que su vida cambiaba.

Aunque Narcés se había deshecho de todo lo que le recordara su vida anterior, y vivía en su pobreza olvidado de todo, guardaba, sin embargo, algunos libros de literatura en los que en su juventud había hallado un molde casi perfecto. Dentro de un cajón estaban esos libros; y la madrugada que le vio sin monóculo pasó sobre él, como una mano helada que pasa sobre la frente, y Narcés desenterró esos libros y formó con ellos un espejo en el que su vieja alma no tornó a reflejarse.

Llevaba en su cabeza la verdad literaria de dos mil años, axiomas, teorías y purezas gastados en el silabeo secular, y toda esa llanura de blancos corderos y almas rectanguladas era un antiguo paisaje, para cuya existencia de soñador en voz alta tenía que se forzosamente precario. Sus ideas de pobre viejo tenían la extravagancia de los grandes esfuerzos que nunca pudieron ser útiles, y la desolación de su vida comenzaba a llorar el vacío de los no gozados amores. Y así la regresión a una edad que estaba

muy lejos de ser la suya desequilibrió su organismo, y Narcés paseó el cansancio de su esterilidad durante noches enteras entre las cuatro paredes de su cuarto, extendiendo la flaca mano suplicante como un mendigo que llegó retrasado a las regias distribuciones de amor.

Una mañana de invierno fue al pueblo y entró a una tienda—librería—confitería. Aunque las obras literarias llegaban raramente a aquel perdido rincón, en ese día, sin embargo, el escaparate guardaba dos o tres libros nuevos. La extraña carátula de uno de ellos le llamó la atención: sobre un dibujo atormentante, leyó el título: El triunfo de la Muerte. Y lo compró y lo leyó en una tarde y una noche. Al otro día tuvo fiebre y se metió en la cama.

Él ya no podía más.

Las bruscas revelaciones de la obra marcaron el derrotero de su pobre alma sin guía, y todo el tranquilo llanto que enjugara con sus manos cayó sobre el libro, sobre sus viejos vestidos que lloraban con él.

Al cabo de tres días se levantó.

Era de noche, y afuera la borrasca clamaba incesantemente. Con sus manos trémulas encendió fuego y pasó dos horas ordenando los carbones encendidos.

Después se levantó, cogió el libro, y besando el nombre del autor, arrojó al fuego aquellas páginas queridas. La llama se hizo poderosa durante un minuto, fue disminuyendo en pasajeros recrudecimientos, se pagó, se avivó repentinamente, se extinguió del todo.

Narcés abrió la puerta. Los abedules y tamarindos, blancos de nieve, estaban a dos pasos. El frío era agudo. A lo lejos aullaban los lobos.

Sin sombrero, sin capa, incaracterístico como una sombra que se hizo viviente sólo para caminar, comenzó la marcha hacia el bosque; los lobos aullaban más cerca.

Narcés se internó en la blanca masa de árboles, lentamente. De pronto los aullidos cesaron y detrás de Narcés brillaron dos puntitos rojos. Y desaparecieron. Narcés caminaba con la cabeza caída. Al rato había cuatro. La figura del viejo iba decreciendo en la distancia. Al rato había

ocho. En las tinieblas se oía un seco castañeteo. Al rato había veinte; y los puntos rojos marchaban detrás de Narcés, en un semicírculo que se acercaba poco a poco, cada vez más cerca, más cerca, a la lejana silueta del viejo heroico que se perdía seguid de la bandada de lobos.

De Narcés nunca más se volvió a saber nada. El señor de los dominios, enterado de su desaparición, puso en su lugar a un guardabosque sensato, grueso, bonachón, que nunca tuvo la ocurrencia de ir en una noche de invierno a pasear por el bosque.

Cuento

Recaredo volvió la cabeza e hizo girar suavemente la guía de su máquina. El carruaje que estuvo a punto de atropellarle, un elegante cupé, pasó a escape entre un raro ruido de cadenas que el desorden del precipitado galope hacía más timpánico.

Una nube de polvo, sobre la boca abierta de los espectadores, ahogó la carrera.

Dejó la bicicleta; paseó, miró; el sol de un atardecer de verano, ya en el horizonte, incendiaba las lejanías inacabables, llenaba de oro las pulverizaciones del macadam, flotaba en los átomos, bajo un venturoso cielo de rosa en que iba a abismarse la difusión amarillenta de los soles decrépitos. Los surtidores de agua se elevaban sin inclinarse, las melodías se hacían oscuras, los bambúes del invernáculo recostaban sin espera en los cristales, como en un pecho para el cual hace tiempo somos indiferentes, su desmesurada delgadez. Y en las ya silenciosas avenidas la extenuación se hacía metódica, sobre un perfume que tarda siglos en aspirarse, sobre un tono que no puede sostenerse por más tiempo, sobre una mano —a la hora en que se conoce de lejos a las mujeres enfermas— en su dolorosa ineptitud.

Adolescencia cruel, idealidades fácilmente disyuntivas, Recaredo huyó muy pronto de las universidades, destrozó muchos ídolos, fue lleno de similitud con las ideas raras. En pos de cada crisis, no obstante, mucho de lo muerto iba con él, marchaba con los fragmentos de su ídolo debajo del brazo, avanzaba herido y lleno de dolor, como esos pobres mutilados que para caminar tienen que apoyarse a guisa de bastón, en el miembro tronchado. Recorrió los hospitales y en cada camilla se detuvo con desconfianza, mirando bien en los ojos a los poetas que estaban malditos. Pero en la escasa luz de la sala, el cerebro perturbado por un advenimiento excesivamente radical, bajo la influencia de un fonógrafo distante en que una manipulación bien amistosa lograba dar a las voces igual intensidad, no pudo apreciar las miradas.

Volvía lentamente a la ciudad, y su última tentativa de redención acudíale a la memoria, una aventura deshonesta que el marqués de las blancas rodillas hubiera hallado sensible. Y recordó cómo había caminado largo rato con el amigo, ya sin hablarse ¿para qué?, la sombra grotesca de las aspas de un molino, que van a ser rotas ante el cristal de su mirada, y el espíritu del otro lleno de asombro, como esas flores populares que defendieron su frescura del baño de los grandes colores químicos.

Miró el estanque: un yerto reflejo de luz iba a descansar en las aguas dormidas, que el recuerdo tan próximo de los grandes soles tornaba imperecederas.

Largo rato observó en el fondo —como una novedosa placidez— el colorido temblor de los pececillos fluviales.

Ya el sol empañado de aquel día había anunciado uno de esos crepúsculos tristísimos en que se sufre sólo porque la luz desaparece y las cosas se ponen oscuras. Hacia el cielo del Oeste, una gran mancha amarilla iba hundiéndose tras el horizonte. El aire, privado de movimiento, flotaba sin sentido, como una gran ola vacía y muerta. Las luces languidecían, los contornos se entregaban. La gran sombra venía del Este, invadiéndolo todo. Había en el aire, quedaba en la atmósfera pesada y sin aliento, una abatida suspensión de músculos, una esplinítica visión de cabezas y brazos caídos, que no venía de ningún presagio, que estaba allí, en lo que se vivía y respiraba.

Los objetos filtraban silenciosamente la glacial media luz de aquel crepúsculo estancado. Ni una brisa, ni un color, ni un pájaro, ni un ¡y! El cielo estéril, de una transparencia de vacío, caía a plomo sobre el paisaje, ahogándolo.

Luciano levantó la cabeza y miró tras de su cansancio, más allá de la última sensación perceptible, la amarga insipidez de aquella existencia en que el malestar y el sin objeto parecieran maltratarle en las mínimas acciones musculares.

Blanca miró el paisaje y miró la cabeza caída de su amante. Y volvió a mirar el paisaje mortalmente deprimido, sin fuerzas para volver los ojos.

—¿Volverá hoy? —murmuró él.

—Sí —contestó ella dejando caer las manos.

No hablaron durante diez minutos.

—¿Me amas todavía? —interrumpió Luciano con la cabeza completamente caída.

Una intensa inmovilidad detuvo la respuesta, mientras sus pestañas se abatieron sobre el surco violeta de sus ojos...

—¿Y tú?

No contestó. Apenas quedaba un glacial resplandor en el horizonte. Sus sombras crecían en la silenciosa humedad. Él dijo apenas:

—¿Crees tú que sepa algo tu marido?

—Creo que no.

Y susurró, completamente transido de desaliento:

—Y si lo supiera, ¿qué harías?

—Amarte siempre.

No dijo más, ni hizo movimiento alguno. Sólo, bajos sus cabellos caídos, su cara tediosa cayó...

Después se levantaron, tomaron el camino de la quinta, arrastrando por la árida carretera sus dos siluetas, una blanca, la otra negra, en que los brazos parecían colgados de los hombros...

Concluida la cena, quedaron solos.

Recaredo había vuelto a las siete, contento de sí mismo.

La impresión de su libro marchaba adelante. Su orgullo de autor iba a ser cumplido; y aunque consciente de que su literatura golpearía sobre el bondadoso criterio común, como una arista demasiado fina, él llevaba consigo el aplauso de su verdad.
¿Lastimaría?... Sin duda alguna. Era bueno. Serán de oírse los gritos: ¡¡La moral moderna!!... ¡Bah! Después de todo, quizá tengan ellos razón. ¿Para qué esforzarse en hacerles comprender la naturalidad de esto o aquello…

Y su espíritu se abandonó, suspendiéndose un momento en el incesante desvarío de cristal que busca su vibración de acero sobre el gran vidrio de lo vulgar y útil.

Tomó unas pruebas de su libro, que había corregido a la ligera, y comenzó a leer, abismado en el recuerdo de sus primeras luchas:

...y levantando la copa, habló estremecido, lleno de luz en los ojos y de fe en la nueva vida que darían a las letras. Sí, eran ellos, los señalados por el Índice de la Suprema Forma, los que abrirían el surco donde quedarían enterradas todas las restricciones, todo lo que se esconde y falta, para fertilizar el germen nítido y vigoroso de la Escuela Futura.

Ellos tenían la percepción de los abstracto, de los finamente subalterno, de lo levemente punzante, de lo fuertemente nostálgico, de lo imposible que —al ser— cristaliza en roca. Sensaciones apenas, desviadas y precisas que fecundarían el supremo arte, porque en ellos estaba la fuerza de las auroras y de las noches, la fe, que preña lo que no nos es dado ver, para que las generaciones futuras tuvieran un arte tan sutil, tan aristocrático, tan extraño, que la Idea viniera a ser como una enfermedad de la Palabra.

Era su triunfo, el de los que habían visto algo más que un desorden en la incorrección de un adjetivo, y algo más que una tensión vibratoria en el salta audaz de ciertas formas de estilo.

Otra vida para las letras, porque los hombres eran otros. El Clasicismo había representado; el Romanticismo había expresado; ellos definían. Nada más.

Sí, definimos, repetía en su exaltación creciente, definimos todo lo inenarrable de esos estados intermediarios en que un simple latido, bajo cierto equilibrio de palabras, puede dar la sensación de una angustia suprema; en que las más ingenuas desviaciones de la frase, aun los rubores más inadvertidos, responden, al ser auscultados, a un acceso de sorda fiebre, de delirio restringido en el tórax.

El break se detuvo, y Recaredo —doblando las pruebas— bajó del carruaje, abrió la verja, atravesó los jardines, tomó los corredores, hizo sombra un momento, desapareció.

Habían quedado solos después de cenar, en la sala débilmente

alumbrada. El jardín parecía ahogado en la calma húmeda de aquella noche de septiembre. Luciano encendió un cigarro y fue a arrellanarse en la butaca, reposando sobre los brazos de aquélla la inerte distensión de sus nervios, con la expresión cansada del que ha perdido el rumbo y no tiene absolutamente fuerzas de deseo para buscarle.

—¿Te has divertido mucho? —le preguntó Recaredo.

—Bastante.

—Como te dije, mi libro aparecerá en octubre.

Luciano apenas oía. Recaredo se asomó a la ventana y miró el cielo, fríamente lleno de estrellas. Luego, sin volver la vista, preguntó con lentitud:

—¿Por qué no me dijiste que eras el amante de mi mujer?

Luciano hizo un gesto de abrumadora fatiga, y el cigarro cayó. No fue ni una emoción ni un reflejo nervioso: su mano se abandonó con el cansancio de todo su ser.

—Ya conoces mis ideas al respecto —prosiguió Recaredo sin mirarle—. Pero, al menos, ¿tú la amas?

—¿La has amado?

—No sé.

Apoyó sus manos en el balcón, y articuló distraídamente, observando uno de los recodos del jardín:

—¿Y ella?...

—Creo que sí.

El ambiente estaba fijo, ni una llama se movía. Las hojas de los árboles no temblaban, aletargadas bajo la exhausta depresión de la atmósfera quieta, palpable sobre los músculos, palpable sobre los últimos movimientos insignificantes, de una pesadez abrumadora en el solo levantamiento de una mano...

Y Luciano sintió, hasta en los más dormidos nervios, el malestar de las preguntas sin objeto, de las miradas que piden respuesta, de las inutilidades forzosas, sobre la muerta imposibilidad del más leve cambio de postura...

Cerca de la quina se extendía la laguna entre las desiertas riberas, vacías de árboles y rocas. Prolongaba en la aridez de la tierra desnuda de recta fúnebre, sin un sauce caído ni una línea de ventura, larga, muerta, siempre visible y fija en lontananza. Los ribazos negruzcos encajonaban aquella silenciosa quietud líquida, estancada y fría, sin ninguna gradación de color.

El agua estaba amarillenta bajo el crudo cielo de aquel día de otoño. El tono uniforme y mate daba la sensación de una existencia glacial que la laguna hubiera vivido eternamente en un eterno sin reflejo, eternamente fría con su helado descolorido. Ni un matiz. El mismo tono en el centro que en la proximidad de las desiertas riberas. La laguna había surgido silenciosamente del fondo sobre ese cauce preparado de noche, había surgido lentamente con su infinito amarillo inmóvil, siempre visible y fijo en la lontananza.

Era casi el crepúsculo. Llevaban dos horas de paseo en bote. Recaredo saltó a tierra y desapareció un momento tras el ribazo.

Quedaron solos. El sol comenzaba a caer. El bote abandonado glisaba con lentitud, tras el esfuerzo que lo separara de tierra. Calma absoluta.

—¡Luciano!...

Ni una leve ondulación en el agua. La barca, al deslizarse, no hacía ruido. Pero cesó de moverse...

—¡Luciano!...

Una lenta agonía iba apoderándose del paisaje, en la desventura irremediable de las últimas tardes...

—¡Luciano!...

La noche estaba cercana; hacía frío.
El amarillo del agua subía. El sol, sin un rayo último, cayó...

—¡Luciano! ¡Luciano! —murmuró la pobre mujer, estrechándose

dolorosamente a su amante.

La calma no se interrumpía: pesaba. Luciano se ahogaba y tentó un esfuerzo: una nube de plomo caía sobre sus hombros. Quiso hacer una mueca, y tampoco tuvo fuerza. Su actitud expresó el último hastío de la mano insensibilizada por el mismo suave eterno contacto, el gesto desencajado de todos los recuerdos tediosos acumulados en el paseo de un anochecer frío...

Sin caerse, se inclinó... Y fue de pronto el hecho imprescindible, la necesidad absoluta y momentánea de obrar, convulsión forzada de la última extenuación nerviosa.

Sus manos se tendieron sombríamente.

Blanca se debatía, llena de asombro y espanto:

—¡A mí, Luciano! ¿por qué? ¿Por qué a mí, Luciano?...

Y cayó. Bajo el agua que la absorbía, el oro de sus anillos brilló un momento.

Luciano quedó rendido, de pie, mirando las ondulaciones, no pensaba en anda .Pasaron cinco minutos. Sus piernas se doblaron y cayó sobre los asientos. Después cayeron sus brazos. Su cabeza, ni erguida ni baja, distraídamente fija, continuó por largo rato mirando el agua.

Ya era de noche; y sin ser observada, la luna había aparecido lentamente.

Paisaje lunar. Una glacial iluminación extática en que el movimiento se sonambulizaba.

Recaredo volvía. Miró el bote y vio a Luciano solo. A su vez intentó una mueca de dolor y no pudo conseguirlo. Solamente una nube de desilusión pasó por su rostro. Al descender el ribazo sus labios evocaron el recuerdo de las páginas que había leído en el carruaje, hacía apenas tres días... Eran ellos los señalados por el Índice de la Suprema Fortuna, los que abrirían el surco donde quedarían enterradas todas las viejas restricciones, todo lo que se esconde y falta, para fertilizar el germen nítido y vigoroso de la Escuela Futura...

Sus labios se interrumpieron en una sonrisa de amargura y cansancio; fue

el tedio por lo inevitable que, aunque se espera, desalienta siempre con su precisión. Ni una variante en la brusca y fatal revuelta del nervio enfermo, en el desquite sombrío de la extenuación, que ha de ser matemático, vulgar y cansado con su abrumadora regularidad. Recaredo lo había seguido día a día, tedio a tedio, sonrisa a sonrisa; y a su vez, ante la prueba convencida de que no hubiera podido ser de otro modo, se dejó caer en el bote, con el desaliento de lo que no puede tener variación y ha de hostigarnos siempre con matemática vulgaridad.

No se dijeron una palabra. Con un gesto de indiferencia dolorida se sentó en el banco, empujó los eremos, y el bote comenzó a glisar por el centro de la helada laguna.

Llevaban sus hermosas cabezas descubiertas. Luciano inmovilizaba su actitud en un rincón, con las manos sobre las rodillas, huraño, rendido, acurrucado en la popa del bote que Recaredo impulsaba, la cabeza caída, caídos los cabellos, silenciosos y sin mirarse.

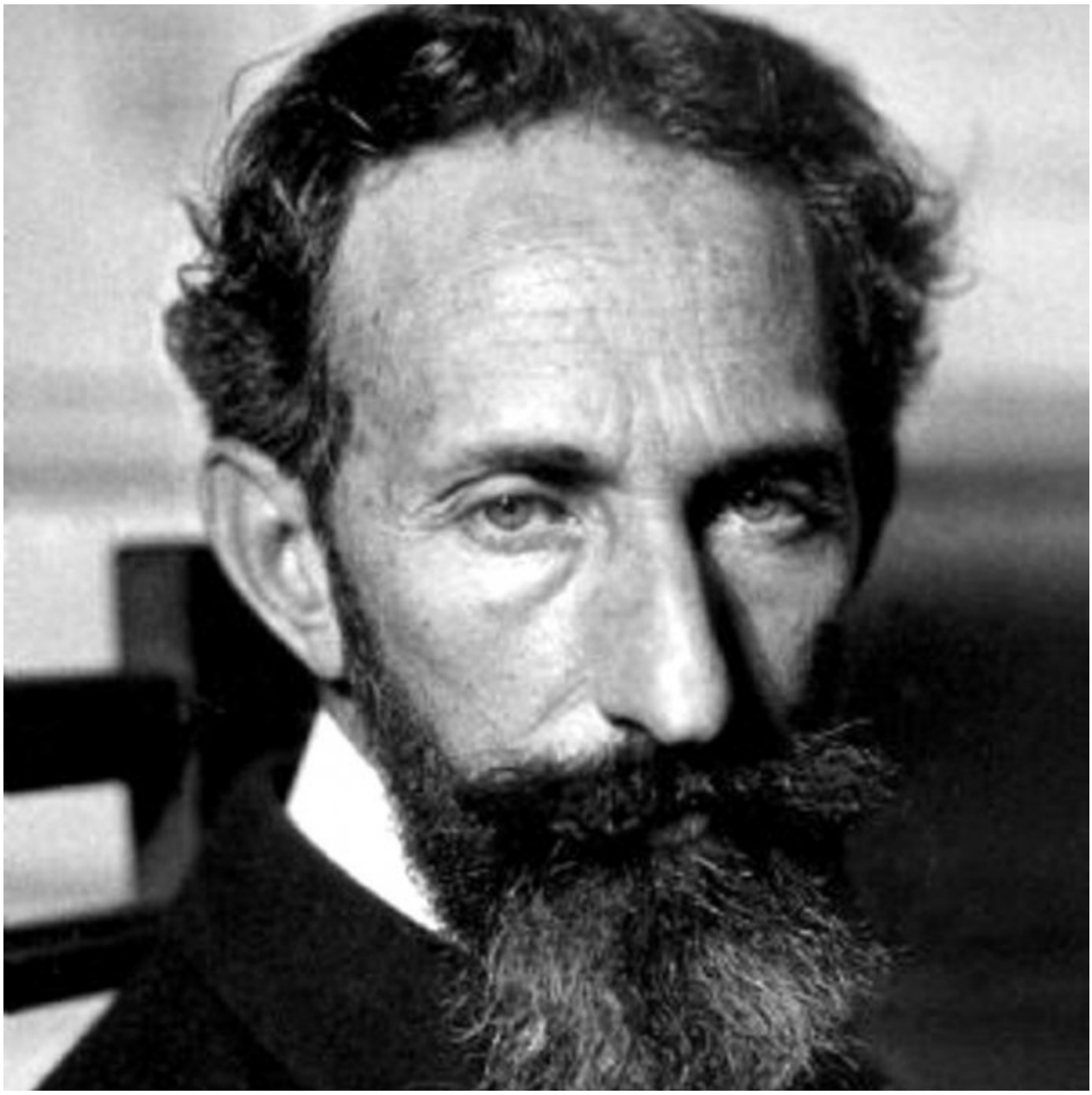
Descendiendo del bote, tomaron juntos el camino de la quinta; ni uno ni otro se volvió a mirar la laguna.

Ya distantes, Recaredo preguntó en voz baja:

—¿Hizo mucha resistencia?...

—Mucha —le contestó Luciano distraído.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)